



DUARTE, LA VIOLENCIA EN EL SALVADOR Y LOS JESUITAS

Duarte hace mucho tiempo que dejó de ser un político de inspiración cristiana. Su tenebroso paso por la segunda Junta de Gobierno de espaldas a las palabras de Monseñor Romero que exigía un cese de la represión o, al menos, un castigo a los responsables de la represión, es suficiente para probarlo. Su ansia de poder, bajo pretexto de servicio al pueblo salvadoreño, le incapacita para acercarse cristianamente a esa esfera siempre tan peligrosa del poder del Estado, frente al cual Jesús tuvo siempre tantas reticencias. Por eso no son de extrañar ~~declaraciones~~ en su boca declaraciones falsas, injuriosas y calumniosas, ~~atentatorias~~ contra el derecho ajeno. Entre esas declaraciones están las que con alguna frecuencia dedica a los jesuitas salvadoreños. Con ocasión de su último fracaso electoral -fracaso respecto de lo que estaba previsto y de lo que resultó- atribuyó a los jesuitas el que no hubiera triunfado en El Salvador la Democracia Cristiana; ahora con ocasión de sus preparativos para la campaña presidencial ha dicho, primero en Europa y luego en El Salvador que los jesuitas son responsables de la violencia que ~~aduce~~ ~~aduce~~ al país. Vamos a aclararle a Duarte algunas cosas sobre este último punto, porque en él se juega más que el nombre de los jesuitas y de otros sacerdotes lo que parece ser su concepción sobre la violencia en El Salvador.

Efectivamente la representación del Consejo Superior Universitario de la UCA pudo escuchar de labios de Duarte palabras escalofriantes cuando ese organismo presentó su más dura protesta ante la segunda Junta de Gobierno en el año 1980 por el asesinato que la Policía Nacional perpetró en terrenos universitarios contra un estudiante indefenso que salía del recinto sólo con sus libros de clase y por la versión de los hechos que había publicitado mentirosamente el correspondiente cuerpo oficial. Después de reconocer Duarte que la versión era falsa y que el asesinato había que atribuirlo a los cuerpos de seguridad dijo ante la presencia del Coronel Majano, de Morales Ehrlich y de ~~Amal~~ ~~Amal~~ que la razón de Estado impedía a la Junta reco reco nocer públicamente ese asesinato. que la cuestión de los derechos humanos era una



cuestión subordinada a la seguridad del Estado y que siendo lamentable la muerte del estudiante no se podía seguir adelante con la petición del Consejo Superior Universitario que exigía la condena del culpable y la compensación de la víctima.

Traemos a colación este hecho del cual hay constancia escrita para introducir cómo entiende Duarte esto de la violencia. Porque nadie debe desconocer que durante su estancia en la cúpula del poder político primero como uno de los cinco miembros de la Junta y después como el principal responsable político de la misma, El Salvador ha sufrido la época de mayor violación de los derechos humanos que se ha dado a lo largo de toda su historia. Esto nadie lo niega. Desde Marzo de 1980 hasta Marzo de 1982 en El Salvador se han dado por lo menos 20.000 asesinatos atribuidos por el propio embajador de los Estados Unidos al aparato del Estado, al frente del cual estaba Duarte. La única disculpa que ha podido dar Duarte y sus correligionarios de esa su presencia macabra en el poder en el más trágico periodo de la historia salvadoreña es que sin él las cosas hubieran ido peor; que no ~~hubiera~~ hubiera habido 20.000 asesinados, sino tal vez 40.000. Pero esta disculpa es ridícula, porque el freno a la represión no vino de Duarte sino de Estados Unidos, pues Duarte carecía de poder alguno. No estamos, por tanto, acusando a Duarte de ser el promotor de la violencia en esos meses ominosos; le estamos acusando de prestar su imagen y la de su partido para legitimar un gobierno que en su conjunto sí era responsable del genocidio. Duarte no se supo retirar de la presidencia del Gobierno como lo hicieron otros dignísimos miembros del partido demócrata cristiano; nunca -a diferencia de Mons. Romero- exigió con efectividad que se persiguiese a los responsables; y lo que es peor con frecuencia disculpó muchos de esos asesinatos poniéndolos en la cuenta de los subversivos, de los guerrilleros, de la extrema derecha y de la extrema izquierda, justificando el derecho del Estado a defenderse -de esa manera- de sus enemigos. Tuvo que ser el embajador Hinton quien meses más tarde dijera la verdad que nunca Duarte se atrevió a decir. Y mientras no la diga y mientras no justifique ese su paso connivente por el poder, no tiene derecho a acusar



a nadie y menos a miembros de la Iglesia de haber sido los propiciadores de la violencia de El Salvador, y menos sin distinguir lo que es esa bárbara forma de la violencia represiva de otras formas de violencia, que sólo a la noche todos los gatos son negros.

Los jesuitas, como cuerpo eclesial, no se avergüenzan al confesar que en el problema político de El Salvador no han hecho otra cosa que seguir las directrices de aquel obispo incomparable que fue Mons. Romero. No es, pues, de extrañar que caigan sobre ellos los mismos juicios que cayeron y caen sobre el obispo mártir. Pero no olvidemos tampoco que Juan Pablo II alabó encendidamente al Pastor que dio su vida por sus ovejas y no olvidemos asimismo que quienes lo asesinaron le acisaban a Mons. Romero de estar subvirtiendo el orden y predicando la violencia.

No es fácil resumir lo que sobre la violencia pensaba Mons. Romero, pero podemos trazar algunas líneas de su pensamiento. Ante todo, él reconocía una injusticia estructural que dominaba la situación del país y hacía enorme violencia sobre las vidas de la mayor parte de la población, especialmente las de las mayorías populares. Frente a esta injusticia había que clamar, aunque el clamor fuera mal interpretado como una excitación a la lucha de clases; frente a esta injusticia había que proclamar el derecho a la organización popular, aunque esta proclamación fuera tildada de prédica marxista. La respuesta a la denuncia de la injusticia estructural y a la promoción de las organizaciones populares fue desde un principio la violencia represiva, contra la que se levantó sin distinción la voz de Monseñor Romero; fue en la lucha contra la violencia represiva donde cayó Mons. Romero, cuando ordenaba en nombre de Dios que cesara la represión. También Mons. Romero aceptaba como mal menor y como derecho doloroso el que el pueblo organizado pudiera resistir incluso con las armas a quienes de forma sistemática conculcaban sus derechos, una vez agotados todos los medios pacíficos; y esto no es predicar la violencia sino es repetir una doctrina clásica de la Iglesia, mantenida durante siglos. Por otro lado, Mons. Romero conde-



naba aquellos actos de violencia injustificados que cometían las organizaciones populares: así hablaba contra los ajusticiamientos, contra los secuestros, contra formas de sabotaje, contra todo aquel conjunto de acciones que negaban el respeto a la vida y la dignidad de la persona humana o traían grandes males a la población inocente. Pero lo que más condenaba era la violencia de los poderosos, en la que él veía el origen de todas las demás violencias, la violencia del aparato del Estado y la violencia del gran capital así como la de sus servidores. No por eso se puede llamar a Mons. Romero, ni a quienes vieron en él una clara voz de Dios para los salvadoreños, promotor de violencia. Ni Mons. Romero desató la violencia de los represores ni Mons. Romero organizó a los movimientos populares ni mucho menos su estrategia y sus tácticas.

Querer entonces atribuir la violencia de El Salvador a Mons. Romero, a los jesuitas o a otros hombres y mujeres de Iglesia es una tremenda falsedad y es, además, un intento de desviar la atención de los verdaderos responsables de la violencia. Duarte y los que hablan como él deben tener esto muy en cuenta. Los responsables de la violencia por comisión y por omisión son otros. Las prédicas eclesiales tienen muy poco que ver con esto.

Incluso aquellos miembros de la Iglesia, entre los cuales hubo sacerdotes y algunos jesuitas que después dejaron la orden, que se alistaron más orgánicamente con las organizaciones populares de ningún modo pueden considerarse como sus fundadores o sus promotores principales, aunque pudieran ayudar de algún modo a su desarrollo. Es evidente para quien conozca la historia reciente de El Salvador que esas organizaciones nacieron al margen de los hombres de Iglesia, aunque a veces buscaron después el relacionarse con ellos. Quizá, sin embargo, la presencia de los cristianos ha podido traer a las organizaciones populares y a sus proyectos un grado de compromiso y humanización muy positivo. Y esos hombres han hecho ^{mundo} más por la humanización del proyecto revolucionario de lo que Duarte hizo en la época más macabra del Estado salvadoreño, *por controlar la violencia del Estado.*